

Neoconservadurismo y Estado de bienestar

Luis Antonio González

Resumen

Este artículo plantea someramente las tesis neoconservadoras en torno a la naturaleza de la crisis del sistema capitalista, para así entender sus tesis más específicas acerca de la crisis del Estado de bienestar. Primero, el autor hace un recorrido breve por las tesis neoconservadoras más generales y luego plantea sus argumentos básicos acerca de la crisis del Estado de bienestar.

1. Introducción

Los debates teórico-políticos en torno a la crisis del Estado de bienestar (*welfare state*) han venido ocupando, durante las últimas dos décadas, la atención de las principales escuelas de pensamiento sociológico y político. En Estados Unidos, un grupo de prestigiosos intelectuales (M. Novak, D. Bell, Th. Lukmann, P. Berger...) se ha hecho cargo de la crisis que aqueja al Estado en las sociedades capitalistas avanzadas de nuestro tiempo a partir de la recuperación del legado *conservador*. Estos pensadores han dado lugar a una nueva tradición intelectual en norteamérica: la tradición *neoconservadora*¹, que desde finales de los años setenta se ha expandido y ha ganado adeptos no sólo en Europa (especialmente en la ex República Federal Alemana y España), sino en América Latina. Como veremos, estos *nuevos* conservadores asumen muchos de los supuestos del legado con-

servador, como lo es su reverencia por la tradición religiosa, las costumbres austeras y el puritanismo. Sin embargo, también quieren revitalizar y poner al día una herencia que en muchos aspectos se ha revelado como desfasada y carente de significado para el hombre de la era postindustrial.

Los neoconservadores norteamericanos no son —a diferencia de los viejos conservadores— reacios al cambio y al progreso socio-económico. Por el contrario, asumen que el cambio y la innovación socio-económica tienen que ser potenciados especialmente por medio del desarrollo científico-técnico. Es decir, asumen que el avance de una era postindustrial es inexorable. Su propósito explícito, como analistas sociales y políticos, es contribuir a apuntalar ese capitalismo de tipo postindustrial que progresivamente, desde mediados del siglo XX, se viene imponiendo en occidente². Precisamente, su diagnóstico de la crisis

del *welfare state* —así como las soluciones que proponen para enfrentarla— se inscriben al interior de un proyecto socio-político mucho más amplio, cuya finalidad última es *revitalizar culturalmente* el sistema capitalista en una época postindustrial y postmoderna³. Mardones observa que

Lo propio de los neoconservadores es su aceptación de la *conciencia moderna*, es decir, “la racionalidad funcional del cálculo y la eficiencia; la racionalidad que acepta el “desencantamiento del mundo” (Max Weber) y, con ello, la fragmentación de las cosmovisiones, la pérdida de la unidad cosmovisional religiosa y, sobre todo, la experiencia del relativismo”⁴.

La propuesta neoconservadora interviene en el debate acerca de la crisis del Estado de bienestar —y más en general en el debate acerca de la crisis del sistema capitalista— con unas armas teóricas tan respetables como las de sus adversarios más serios: los teóricos críticos de la última generación frankfurtiana, particularmente J. Habermas y C. Offe⁵. Si estos autores elaboran su diagnóstico de la crisis del Estado de bienestar apelando a los avances teóricos más recientes en ciencias sociales, los neoconservadores no pretenden quedarse rezagados respecto de esos avances, y, más bien, se remiten a los mismos para efectuar su diagnóstico de la crisis del sistema capitalista, crisis al interior de la cual —para estos autores al igual que para los frankfurtianos— se enmarca la crisis del Estado de bienestar.

El propósito de estas notas consiste justamente en plantear someramente las tesis neoconservadoras en torno a la naturaleza de la crisis del sistema capitalista, para poder, así, entender sus tesis más específicas acerca de la crisis del Estado de bienestar. En lo que sigue, haremos —primero— un breve recorrido por las tesis neoconservadoras más generales y —luego— plantaremos sus argumentos básicos acerca de la crisis del Estado de bienestar.

2. Crisis espiritual

El diagnóstico de los neoconservadores sobre el sistema capitalista establece que éste atraviesa por una profunda “crisis espiritual” —cuyo resultado es la “desintegración moral” de la sociedad—, la cual se debe a la pérdida de la tradición *cultural-religiosa*. Por lo tanto, se trata de reconstituir esa tradición, es decir, se trata de dotar al sistema capitalista de unos valores religiosos (judeo-cristianos) que lo legitimen y que sean funcionales y coherentes con los ámbitos tecnoeconómico y político, y que, en consecuencia, contribuyan a recuperar la *unidad moral* perdida. Hay que reconstituir el “hogar común” (P. Berger) y la “plaza pública” (R. Neuhaus), que padecen de un vaciamiento espiritual y moral, por medio de la recuperación de la tradición religiosa judeo-cristiana.

El diagnóstico neoconservador ve amenazados con el relativismo moderno y postmoderno los fundamentos mismos de la moral, la religión y la sociedad. La imbricación entre estos tres elementos es tal que socavar uno de ellos conlleva a la caída de los otros. Y al revés, fortalecer el sistema de valores sólo es posible desde una moral cívica que propugne la solidaridad, la renuncia a las propias tendencias y egosmos, fundada en la tradición o *humus* religioso que favorezca tal tipo de moral. La tradición judeo-cristiana es una clase de religión apta para efectuar la propuesta de una moral de la solidaridad, de la creatividad y del espíritu de empresa⁶.

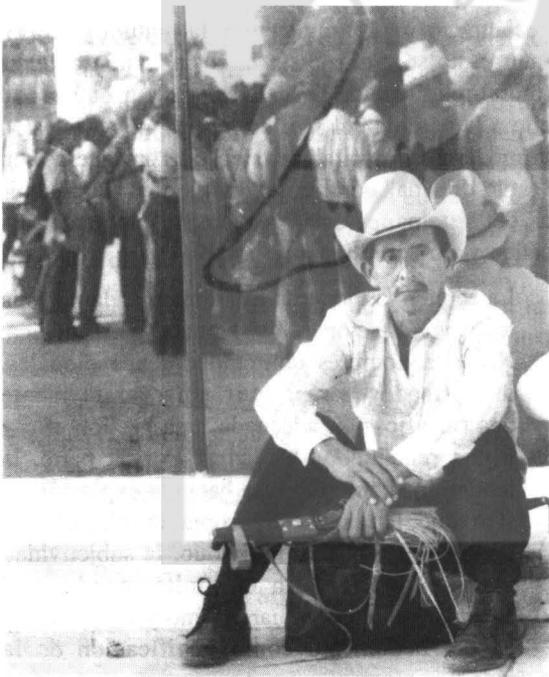
La sociedad capitalista, entonces, se ve amenazada por un vaciamiento espiritual y moral. Esto es de una gravedad incalculable ya que como resultado de este vaciamiento moral-espiritual “la ética cívica decae [y] los valores que orientan la colectividad de los ciudadanos se vuelven más opacos y confusos. Las necesidades comunes objetivas se defienden desde los intereses de los gru-

La sociedad capitalista, entonces, se ve amenazada por un vaciamiento espiritual y moral.

pos que los quieren capitalizar, más que desde la movilización en pro de valores universales favorecedores de todos, especialmente de los peor situados en la recta de la salida social. La plaza pública se vacía”7.

Para los neoconservadores, el sistema capitalista está constituido por tres subsistemas fundamentales: el tecnoeconómico, el político y el cultural. “Estos ámbitos” —dice D. Bell— “no son congruentes entre sí y tienen diferentes ritmos de cambio; siguen normas diferentes que legitiman tipos de conducta diferentes y hasta opuestos. Son las discordancias entre estos ámbitos las responsables de las contradicciones dentro de la sociedad”8.

Para que el sistema funcione sin mayores fricciones entre los tres subsistemas tiene que haber una coherencia básica. Coherencia que ha de ser lograda por la complementariedad entre los subsistemas sociales básicos: “una sociedad funciona bien mientras haya una integración suficientemente adecuada y complementaria entre sus órdenes fundamentales. De lo contrario, chirriará. La aparición de disfuncionalidades es síntoma de que hay roces excesivos entre las instituciones básicas.



Cuando estos roces se tornan contradicciones, choques, entonces nos hallamos ante *crisis sociales*”9. En la actualidad, se ha roto esa coherencia y complementariedad básica, debido a las demandas de la “nueva clase del conocimiento” y, sobre todo, debido a los efectos del “modernismo cultural” y del “postmodernismo”, que han entrado en contradicción con los subsistemas tecnoeconómico y político. Es decir, el sistema atraviesa por severas *contradicciones culturales* que le impiden funcionar coherentemente y sin fricciones10.

3. Cultura adversaria y guerra cultural

La tesis fundamental neoconservadora dice que nos encontramos, en la sociedad capitalista moderna, en uno de esos momentos en que las contradicciones entre los sistemas son notorias. Estamos sufriendo una *crisis* como resultado de la inadecuación de los sistemas básicos de la sociedad, de sus diversos ritmos de evolución y de la confrontación entre sus principios axiales, o lógicas que los dirigen11.

Sobre todo, se trata de una contradicción entre el subsistema cultural y los subsistemas económico y político. “Aquí radica la *disyunción* fundamental o contradicción básica que genera la crisis de la sociedad capitalista moderna”12. Por consiguiente, de lo que se trata es de recomponer culturalmente el sistema capitalista (norteamericano) a partir de la recuperación del judeo-cristianismo: éste es el objetivo fundamental de la *kulturkampf* (guerra cultural) neoconservadora. Esta recomposición cultural encuentra su punto de apoyo en las “fundaciones o institutos de investigación (*think tanks*) socio-políticos, económicos y culturales que, financiados por multinacionales, son auténticas fábricas de ideología destinados no sólo a polucionar el ambiente intelectual..., sino a justificar o legitimar un orden socio-político determinado”13. Al mismo tiempo, se trata de una recomposición que habrá de realizarse por el fortalecimiento de las “instituciones compensadoras” y las “estructuras intermedias” (P. Berger, M. Novak): “la familia, la Iglesia, las amistades privadas y las asociaciones de libre formación”14.

La *kulturkampf* neoconservadora tiene unos

objetivos precisos:

Camina por el desarrollo de instituciones que puedan ayudar a recuperar los valores de la ética puritana: orden, disciplina, capacidad de sacrificio... Para ello no hay otra salida que la vuelta atrás moral-cultural. Es decir, hay que recuperar los valores de los tiempos anteriores propios del capitalismo. Pero sin anacronismos. Hay que reforzar las *instituciones intermedias compensadoras*... Aquí encuentra valor la persona y se impulsa a los individuos a comportamientos solidarios¹⁵.

Como hace notar J. M. Mardones, la propuesta neoconservadora es una propuesta *contrailustrada*: lo que se ofrece es una vuelta atrás, es decir, una vuelta hacia valores y tradiciones (morales y religiosas) que acompañaron la expansión del capitalismo norteamericano en sus orígenes. El diagnóstico que hacen de la crisis de la modernidad capitalista lleva a los neoconservadores a proponer una terapia bien definida: si el sistema padece de una crisis moral-espiritual debido a la pérdida de los valores religiosos (judeo-cristianos), que acompañaron su consolidación y desarrollo, hay que recuperar —con una estrategia cultural adecuada— esos valores. Hay que luchar contra los que expanden valores contrarios —proviengan estos de la “nueva clase de la cultura adversaria”, la “modernidad cultural” o el “postmodernismo”—, porque con ellos lo que se hace es minar los cimientos morales de la sociedad capitalista, sin los cuales ésta pierde cohesión y se encamina hacia la desintegración.

Los neoconservadores han caído en la cuenta del papel fundamental que juega la cultura (especialmente, lo cultural-religioso) en la sociedad moderna¹⁶. Incluso han percibido que en el sistema capitalista no todo está bien: el sistema atraviesa por una “crisis espiritual” y por una “pérdida del correctivo ético” (J. M. Mardones). El mal fundamental del sistema estriba en la “liquidación de la ética; en la eliminación o desaparición de los valores que sustentan la economía capitalista”¹⁷.

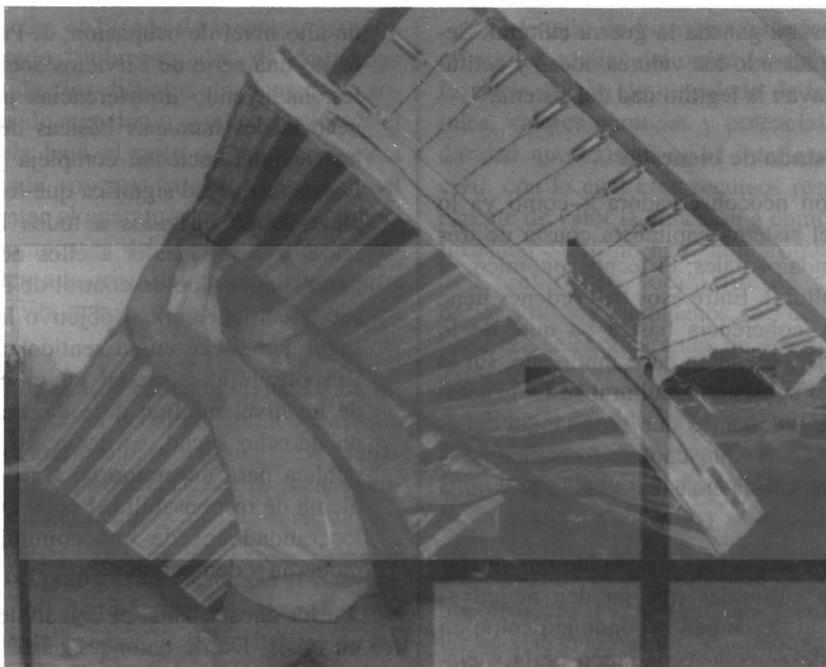
Esta “liquidación de la ética” es propugnada por corrientes contestatarias del sistema que proponen valores distintos a los tradicionales. En

efecto, la ética propugnada por la “nueva clase del conocimiento” y los “Nuevos Movimientos Sociales” —que generan lo que los neoconservadores denominan “cultura adversaria” (J. M. Mardones)— no es una ética destinada a producir “personas trabajadoras, disciplinadas y amantes del orden. Al contrario, tendremos individuos nada productivos y bastante hedonistas, justo lo contrario de lo que pide el sistema. Hay, por tanto, que detener la enfermedad hedonista y recuperar la ‘ética de la productividad’, el orden y la disciplina”¹⁸.

La *kulturkampf* neoconservadora tiene en la mira de sus ataques, justamente, a los portavoces de la “cultura adversaria”: a los intelectuales y las instituciones culturales que propagan valores y opciones que, desde la óptica neoconservadora, minan y erosionan el *humus* cultural religioso de la sociedad capitalista. La “cultura adversaria” es producida por la “nueva clase del conocimiento”, el “modernismo cultural” y el “postmodernismo”, así como por “los Nuevos Movimientos Sociales”.

El “modernismo cultural” y el “postmodernismo”, con su proclamación y defensa del “hedonismo”, el “relativismo”, el “experimentalismo del yo”, el “nihilismo” y el “individualismo” (que encuentran su campo de expansión en la estética, especialmente en la arquitectura, la pintura y la literatura), no sólo erosionan la cosmovisión cultural (moral-religiosa) de la sociedad y contribuyen con ello a la pérdida del *sentido moral* que atraviesa a la modernidad capitalista, sino que promueven un “estilo de vida” contrario al exigido por la dinámica del sistema, es decir, austero, disciplinado, ascético y, en definitiva, puritano¹⁹.

La economía moderna está dinamizada por una tendencia funcional, instrumental y estratégica. Necesita hombres emprendedores, racionales, disciplinados para seguir perseverantemente una planificación adecuada, una gestión eficaz y una rentabilidad elevada... Por su parte, la modernidad cultural mira hacia la expresión de sí mismo, la realización propia, la originalidad. Pone en el centro al individuo, la subjetividad y su realización. En el límite, conduce al ensimismamiento, al narcisismo y a la búsqueda del hedonismo como justificación de la vida²⁰.



Los portavoces de la “nueva clase del conocimiento” (urbanistas, trabajadores sociales, criminólogos y sociólogos), con sus proclamaciones utópico-socialistas, igualitarias y de justicia social “sobrecargan” las tareas del Estado e incluso sus exigencias de expansión del Estado de bienestar lo conducen peligrosamente hacia posturas “colectivistas” y “totalitarias”, que no reflejan si no un “populismo antielitista” y “resentido”. “Se amenaza así la libertad para la existencia libre del mercado y de la propiedad privada, sin las cuales el sistema político no puede asegurar ni el pluralismo ni la defensa de las libertades fundamentales”²¹.

La “nueva clase” es digna de atención en la perspectiva neoconservadora en cuanto que sus portavoces, como miembros de la “élite intelectual”, “manejan los símbolos integradores de la sociedad (D. Bell), y su encanto y desencanto ha sido siempre un ingrediente obligado de los caldos de cultivo revolucionarios”²².

Muestran, además, una llamativa afinidad con el socialismo, a pesar de que tal proclividad no se puede apoyar en datos empíricos. Hay, por tanto, que acudir, para explicarla, a la “alienación” de la *anomia* de la modernidad (P. Berger) que padecen estos intelectuales. En su búsqueda de sentido y de relevancia social se trasmutan en acerbos críticos del sistema democrático capitalista que los ha engendrado, a cambio de un mito nostálgico e impreciso que jamás ha tenido realización...

Esta nueva clase formada por científicos, urbanistas, trabajadores sociales, educadores, teólogos, criminólogos, sociólogos, médicos de la salud pública..., partidarios del bienestar y de mente reformista, es la plasmación viva de la cultura liberal y de las contradicciones de la modernidad. Mientras sigan recurriendo a su “hábil uso de las palabras” en el campo de la educación, de los “media” y la planificación

La sobrecarga y la ingobernabilidad serían las dos manifestaciones más importantes de la crisis política y económica que atraviesa al Estado de bienestar.

social, no estará ganada la guerra cultural. Seguirán expandiendo los valores, ideas y actitudes que socavan la legitimidad del sistema²³.

4. Crisis del Estado de bienestar

En la visión neoconservadora —como ya lo señalamos—, el sistema capitalista consta de tres subsistemas fundamentales: el tecnoeconómico, el político y el cultural. Entre esos tres órdenes tiene que existir una coherencia básica ya que, de lo contrario, la crisis social se hace inminente. En la actualidad, en el subsistema cultural se ha generado una serie de fenómenos que no guardan coherencia —y que, más aún, chocan frontalmente— con los otros dos subsistemas básicos: la economía y la política.

Es decir, el sistema está atravesado por agudas contradicciones culturales que inciden negativamente tanto en el desempeño económico como en el político. El desempeño económico de la sociedad —como ya hemos visto— se ve constreñido por el estilo de vida generado por la modernidad cultural: un estilo de vida contrario a las exigencias de disciplina, ascetismo, solidaridad y puritanismo que se desprenden de la lógica funcional, racional e instrumental que impera en el ámbito tecnoeconómico. Por su parte, el desempeño político se ve afectado por las exigencias “socializantes” y “totalitarias” de la “nueva clase” que, con su radicalismo, no hace si no generar desestabilización y desconfianza en el sistema.

4.1. Sobrecarga e ingobernabilidad

El subsistema político genera dinamismos de carácter no sólo estrictamente políticos, sino económicos y culturales que tensionan el funcionamiento de la sociedad global. En efecto, el subsistema político se caracteriza por una fuerte presencia en las esferas fundamentales de la sociedad. La expresión institucional de esa presencia es el *Estado de bienestar*²⁴, que, desde finales de la segunda guerra mundial, se impuso en las democracias capitalistas industrializadas (R. Mishra) y cuyos rasgos característicos son los siguientes:

1. Intervención estatal en la economía para mantener pleno empleo o, al menos, garantizar

- un alto nivel de ocupación; 2. Provisión pública de una serie de servicios sociales universales, incluyendo transferencias para cubrir las necesidades humanas básicas de los ciudadanos en una sociedad compleja y cambiante... La universalidad significa que los servicios sociales están dirigidos a todos los grupos de renta, y para acceder a ellos no es necesario pasar ningún tipo de control de ingresos. Estos servicios tienen como objetivo la provisión de seguridad social en su sentido más amplio; 3. Responsabilidad estatal en el mantenimiento de un nivel mínimo de vida, entendido como un derecho social, es decir, no como caridad pública para una minoría, sino como un problema de responsabilidad colectiva hacia todos los ciudadanos de una comunidad nacional moderna y democrática²⁵.

En los años setenta, el Estado de bienestar entró en crisis. Desde entonces hasta ahora, se han elaborado diversas críticas al modelo de bienestar y se han formulado diversos diagnósticos acerca de las razones de su crisis. En general, la mayoría de los enfoques —sean monetaristas, ofertistas o de las expectativas racionales²⁶— enfatizan los aspectos económicos de la crisis del *welfare state*. Los neoconservadores hacen un cambio de acento: la crisis del Estado de bienestar es, ante todo, una crisis de naturaleza *moral* y sólo, en segunda instancia, es una crisis de naturaleza *política y económica*.

El fin de la segunda guerra mundial trajo consigo “un pacto de clase democrático” (R. Dahrendorf) con el que se dio inicio a un proceso creciente de intervencionismo estatal en la economía “para evitar con él las crisis económicas y, con ella, el cuestionamiento del sistema y las revueltas sociales”²⁷. A partir de los años sesenta, el Estado se fue haciendo cargo de “cuestiones tales como los derechos civiles, la vivienda, la política ambiental, la atención médica y el apoyo a los ingresos”²⁸: “el gobierno se comprometió no sólo a crear un sólido Estado benefactor, sino también a corregir la influencia de todas las desigualdades económicas y sociales (D. Bell)²⁹. Este proceso desembocó en un Estado gigantesco, ineficiente y cargado de responsabilidades.

De este modo, el Estado de bienestar termina siendo un Estado “sobrecargado” de demandas que provienen de “los distintos rincones de la sociedad, solicitando atención y ayuda estatales. Y el Estado se dobla bajo el peso de tanta exigencia social. No puede soportar la carga. Se corre el riesgo de reventar el aparato estatal bajo la sobrecarga”³⁰. La sobrecarga del Estado no puede menos que conducir a la crisis del aparato estatal, que se vuelve cada vez más ineficiente y gravoso para la sociedad.

Esta crisis es la que estamos viviendo ahora: una crisis que tiene un perfil económico evidente (crisis fiscal e ineficacia económica). Es sumamente costoso para la sociedad seguir manteniendo un aparato estatal que ha crecido desmesuradamente, así como también es muy costoso seguir financiando unas políticas de asistencia social (improductivas y deficitarias) siempre rezagadas respecto del aumento progresivo y sin límites de las demandas sociales. Pero también se trata de una crisis política: las demandas sociales —al trasladarse a la esfera del Estado— se convierten en problemas políticos. “Se han hecho problema político no sólo las necesidades públicas, sino también los deseos privados” (D. Bell)³¹. El resultado de este proceso es la *ingobernabilidad*, es decir, la incapacidad del subsistema político para funcionar eficazmente en orden a garantizar que el *mercado* resuelva las demandas provenientes de la sociedad. La solución para la ingobernabilidad consistiría, en la óptica neoconservadora, en una *despolitización de las cuestiones y en descargar al Estado* (J. M. Mardones).

4.2. Ethos inmoral

La sobrecarga y la ingobernabilidad serían las dos manifestaciones más importantes de la crisis política y económica que atraviesa al Estado de bienestar. El *welfare state* es, visto de este modo, una pesada carga y un obstáculo para el orden liberal. Sin embargo, como ha señalado C. Offe, para los neoconservadores “el daño causado por el Estado del bienestar al orden liberal no es tanto de naturaleza *económica* como de naturaleza *moral*... la ‘crisis fiscal’ y la ‘ineficacia económica’ del Estado de bienestar están mediadas por una crisis moral”³².

El Estado de bienestar ha minado uno de los principios axiales del orden liberal: la solidaridad. Es decir, “se ha desvinculado de los recursos morales, valores comunes y potencialidades de solidaridad que existen en el interior de la sociedad civil, con lo cual esos recursos resultan inútiles y carente de valor la adhesión a compromisos de solidaridad”³³. Si no hay “compromisos de solidaridad”, el orden social pierde cohesión y se desintegra; los ciudadanos se vuelven irresponsables, desleales y carentes de energía moral (A. C. Zijderfeld).

En este sentido, la crítica neoconservadora del Estado de bienestar “condena su impacto sobre la fibra moral de la sociedad y, en virtud de *ese* efecto, condena su eficacia y productividad económica”³⁴. Es decir, la crisis económica (y política) del *welfare state* es consecuencia de una crisis moral que proviene de un *ethos* característico del bienestar estatalizado: la inmoralidad, la irresponsabilidad y la insolidaridad.

El siguiente texto de Anton C. Zijderfeld ex-



presa bien ese *ethos* inmoral, generado por el *welfare state*:

Tras una colecta con fines caritativos, los miembros de una organización voluntaria pueden presentar personalmente el dinero a los destinatarios de su beneficencia, mientras los destinatarios de la beneficencia del Estado del bienestar seguirán siendo miembros anónimos en un sistema burocrático: reciben su cheque por correo, proveniente de un gigantesco sistema fiscal. Este paquete de servicios benéficos no requiere compromisos ni iniciativa alguna, ni cabe invertir en él energía moral alguna. Nadie tiene responsabilidad moral de ningún tipo, nadie necesita mostrar lealtad... a ese sistema abstracto (que, de acuerdo con esta perspectiva, se caracteriza por una) inherente falta de principios morales (y una afinidad electiva) entre el Estado del bienestar y el *ethos* inmoral³⁵.

En definitiva, si el diagnóstico neoconservador acerca de la crisis del Estado de bienestar apunta hacia una caracterización de la misma como una crisis de naturaleza moral, la solución para salir de la crisis no puede menos que consistir en una “remoralización” del Estado. Tienen que potenciarse las “virtudes cívicas” tendientes a combatir las tendencias “parasitarias” y “hedonistas”, alimentada por el Estado de bienestar (M. Spieker). Frente a estas tendencias tienen que restaurarse e imponerse “no sólo las virtudes relacionadas con el trabajo y la familia, sino una actitud de ‘amistad hacia el Estado’”³⁶.

Este proceso de “remoralización estatal” supone una *kulturkampf* (guerra cultural) para la cual los neoconservadores dicen estar preparados, con sus *think tanks* socio-políticos, sus publicaciones, su presencia en los círculos de poder, etc.³⁷. Ganada la “guerra cultural” —remoralizado el Estado y remoralizada la sociedad—, se habrá llegado no sólo al fin del intervencionismo estatal y al triunfo del neoliberalismo, sino también al fin de las ideologías (D. Bell) y al fin de la historia (F. Fukuyama).

5. Reflexión final

Si bien en estas notas no pretendíamos efectuar un balance crítico de la tesis neoconservadoras, una vez que lo hemos finalizado no resistimos la tentación de apuntar un par de ideas acerca de los supuestos y las perspectivas teóricas-políticas que se desprenden del diagnóstico neoconservador.

Como hicimos notar, los neoconservadores quieren contribuir al fortalecimiento del sistema capitalista. Sus tesis acerca de la inmoralidad, ineficacia e ingobernabilidad del Estado de bienestar son, en el fondo, una justificación de la necesidad no sólo económica y política, sino moral para abolir definitivamente el *welfare state*. Si el Estado de bienestar es inmoral, el mercado no lo es. Justamente, la inmoralidad del Estado de bienestar proviene de que perturba el funcionamiento del mercado. En este punto, como de suyo es evidente, los neoconservadores se dan la mano con los neoliberales: si estos últimos intentan legitimar el predominio del mercado apelando a argumentos tecnoeconómicos, los neoconservadores lo hacen apelando a argumentos morales.

Por otra parte, no hay que pasar desapercibido que ambos intentos de legitimación del mercado —el tecnoeconómico y el moral— no son del todo coherentes entre sí. Y ello porque el estilo de vida y los valores propagados por el neoliberalismo³⁸, al radicalizar el individualismo posesivo de rai-gambre liberal, termina por propagar un *ethos* desmoralizador en el sentido neoconservador, es decir, un *ethos* insolidario que va en contra de las pretensiones neoconservadoras de restituir valores comunitarios asociados a la tradición judeo cristiana. Si una de las preocupaciones fundamentales del neoconservadurismo consiste en “restituir la moral o ética cívica que haga posible una comunidad política” (J. M. Mardones), la dinámica cultural gestada por el neoliberalismo va en contra de cualquier intento por fundar una comunidad política en la que se supere el “hobbesianismo secular,

El neoliberalismo socaba en la práctica no sólo los valores comunitarios y cívicos, sino a la misma nación.



un individualismo radical que vea al hombre como ilimitado en sus apetitos” (D. Bell).

Así, pues, en las relaciones entre neoconservadurismo y neoliberalismo, ese tipo de incoherencias coexisten con innumerables puntos de contacto, como lo es la aceptación de la eficiencia y la disciplina como un valor o, más en general, la idolatría al sistema capitalista como el mejor sistema económico. Asimismo, esas incoherencias y puntos de contacto se ven reflejados en aquellos que, por ejemplo en El Salvador, han asimilado valores neoliberales y neoconservadores, y cuya proclamación los lleva a pedir la moralización de nuestra sociedad —vía la difusión de la moral, el civismo y el nacionalismo—, así como a adscribirse a los planteamientos liberales en torno a la reducción del Estado, la privatización y el predominio irrestricto del mercado, sin caer en la cuenta que el neoliberalismo socaba en la práctica no sólo los valores comunitarios y cívicos, sino a la misma nación.

De cualquier modo, lo que queremos apuntar

aquí es que ambos horizontes adolecen de una serie de limitaciones (teóricas y políticas) que no les permiten caer en la cuenta de los dinamismos más globales de la sociedad que hacen imposible —por lo menos en el corto plazo— el predominio absoluto del mercado y una remoralización del conjunto de la sociedad. En lo que toca a lo primero —por más argumentos tecnoeconómicos que ensayen los portavoces del neoliberalismo—, es claro que para dar por finalizado el Estado de bienestar hay que esperar bastante todavía, sobre todo cuando muchos hablan ya de su irreversibilidad y cuando, pese a los intentos de dismantelamiento neoconservadores, el *welfare state* permanece en gran medida intacto³⁹.

En lo que toca a lo segundo, es muy difícil pensar —y más aún, llevar a la práctica— una estrategia de remoralización de la sociedad y del Estado, cuando un buen porcentaje de sus miembros han sido etiquetados *a priori* como inmorales y como personas desprovistas de valor: los pobres, los beneficiarios de los programas de asistencia social, los miembros de la “nueva clase”, etc. En fin, nos parece que al menos esa deficiencias hacen de la propuesta neoconservadora una propuesta a ser enfrentada críticamente, sobre todo si se tiene en la mira un proyecto socio-económico y político que apunte hacia estilos de vida más democráticos, participativos e igualitarios, y menos elitistas y excluyentes como el que proponen los autores neoconservadores. El lema neoconservador “igualdad de oportunidades, pero no igualdad de resultados” no se puede aceptar tan fácilmente, si se toma en cuenta que en la recta de salida inicial no todos los ciudadanos, por razones socio-económicas y culturales, gozan de una igualdad de oportunidades. Esta desigualdad inicial escapa a la mirada neoconservadora.

Notas

1. Para un examen de las relaciones entre “viejos” y “nuevos” conservadores ver Mardones, J. M., *Capitalismo y religión. La religión política neoconservadora*. Santander, 1989, pp. 23-52.
2. Daniel Bell es uno de los teóricos que más ha hecho énfasis, desde una postura neoconservadora, en la importancia de los avances científico-técnicos como un rasgo esencial de las sociedades de

- capitalismo avanzado. Ver D. Bell, *El advenimiento de la sociedad postindustrial*. Madrid, 1976.
3. Para una caracterización de la cultura en la sociedad moderna desde una perspectiva neoconservadora, ver D. Bell, "Modernidad y sociedad de masas: variedad de las experiencias culturales", en VVAA, *Industria cultural y sociedad de masas*. Caracas, 1969, pp. 11-58. Para un examen crítico de la cultura moderna, se puede consultar -en este mismo libro- el trabajo clásico de M. Horkheimer y T. W. Adorno: "La industria cultural", pp. 177-230.
 4. J. M. Mardones, nota 1, p. 45.
 5. Para un examen de la tesis de Offe y Habermas acerca de la crisis del Estado de bienestar, ver C. Offe, *Las contradicciones del Estado de bienestar*. México, 1990; J. Habermas, "La crisis del Estado de bienestar y el agotamiento de las energías utópicas", en *Ensayos políticos*. Barcelona, 1988, pp. 113-134.
 6. J. M. Mardones, "Hacia un cristianismo universal y policéntrico", en *Postmodernidad y neoconservadurismo*. Navarra, 1991, p. 241.
 7. J. M. Mardones, "Neoconservadurismo y moral: el abuso de la ética por el sistema", *Sal Terrae. Revista de hispanoamericana de teología pastoral*, julio-agosto de 1990, pp. 516-517.
 8. D. Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*. México, 1989, p. 23.
 9. J. M. Mardones, nota 1, p. 57.
 10. Para el examen de las contradicciones culturales del capitalismo desde la óptica neoconservadora, ver D. Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*. México, 1989.
 11. J. M. Mardones, nota 1, p. 57.
 12. J. M. Mardones, nota 1, p. 57.
 13. J. M. Mardones, nota 1, pp. 40-41.
 14. J. M. Mardones, nota 1, p. 153.
 15. J. M. Mardones, nota 6, p. 519.
 16. Ver Th. Luckmann, "Religión y condición social de la conciencia moderna", en X. Palacios, F. Jarauta (Eds.), *Razón, ética y política. El conflicto en las sociedades modernas*. Barcelona, 1989, pp. 87-108.
 17. J. M. Mardones, nota 6, p. 515.
 18. J. M. Mardones, nota 6, p. 518.
 19. Ver D. Bell, "Modernism, postmodernism, and the decline of moral order", en J. Alexander y S. Seidman (Eds.), *Culture and society. Contemporary debates*. Cambridge, 1986, pp. 319-329.
 20. J. M. Mardones, nota 6, p. 516.
 21. J. M. Mardones, nota 1, p. 66.
 22. J. M. Mardones, nota 1, p. 177.
 23. J. M. Mardones, nota 1, p. 178.
 24. Sobre el Estado de bienestar existe una abundante literatura. Algunos textos básicos para acercarse al tema son los siguientes: E. Isuani et al., *El Estado benefactor. Un paradigma en crisis*. Buenos Aires, 1991; I. Gough, *Economía política del Estado de bienestar*. Madrid, 1982; J. Picó, *Teorías sobre el Estado de bienestar*. Madrid, 1987.
 25. R. Mishra, "El Estado de bienestar después de la crisis: los años ochenta y más allá", en R. Muñoz de Bustillo, et al., *Crisis y futuro del Estado de bienestar*. Madrid, 1982, p. 56.
 26. Para una revisión de estos enfoques, ver R. Muñoz de Bustillo, "Economía de mercado y estado de bienestar", en ob. cit., nota 23, pp. 34 y ss.
 27. J. M. Mardones, nota 1, p. 118.
 28. J. M. Mardones, nota 1, p. 119.
 29. D. Bell, citado por Mardones, nota 1, p. 119-120.
 30. J. M. Mardones, nota 1, p. 118.
 31. J. M. Mardones, nota 1, p. 120.
 32. C. Offe, "¿La democracia contra el Estado del bienestar? Fundamentos estructurales de oportunidades políticas neoconservadoras", en *Contradicciones en el Estado del bienestar*, ob. cit., pp. 171-172.
 33. *Ib.*, p. 172.
 34. *Ibid.*
 35. A. C. Zijderfeld, "The Ethos of the Welfare State", *International Sociology* I, 4 (1986), pp. 452-53.
 36. C. Offe, *Ibid.*, pp. 175-176.
 37. El momento de mayor presencia neoconservadora en los círculos de poder se vivió cuando se instauraron los gobiernos de R. Reagan, en Estados Unidos, y M. Thatcher, en Gran Bretaña. Para un balance de las políticas "neoconservadoras" impulsadas por estos gobiernos, ver R. Mishra, "El Estado de bienestar después de la crisis: los años ochenta y más allá", en R. Muñoz de Bustillo, ob. cit., pp. 62 y ss.
 38. Ver H. Samour, "Crítica radical al neoliberalismo", *ECA*, 1994, 552, pp. 1069-1103
 39. Ver R. Mishra, artículo citado, pp. 74 y ss. También L. A. González, "Izquierda y socialdemocracia", *ECA*, 1994, 549, pp. 702-707.